

CAPITULO XV

Muchos argumentos podríamos aducir en favor de la doctrina de la pluralidad de existencias y de las reencarnaciones que liga uno con otro, como otros tantos anillos de una misma cadena, desde el animal más infimo hasta el más elevado. Pero como esto sería hacer demasiado pesado este libro, ya de suyo tan árido, nos concretaremos á exponer los más salientes.

Nosotros no hemos pedido, no hemos mostrado deseos de nacer: hemos venido al mundo contra nuestra voluntad. Si se nos hubiera consultado, acaso hubiéramos querido no venir al mundo ó nacer en otra época. Acaso hubiéramos pedido por mansión otro planeta. Porque en efecto, nuestro planeta es bastante incómodo como habitación. Á consecuencia de su inclinación sobre su eje, los climas están distribuidos aquí de una manera deplorable. Estamos expuestos á sucumbir por el frío, si no nos prevenimos contra sus rigores, ó á ser calcinados por el calor. Bajo el punto de vista moral, las condiciones de la humanidad son más tristes. El mal domina aquí abajo, el vicio está en auge por todas partes

y la virtud tan maltratada, que una vida honrada es prenda segura de infortunio. Las afecciones son para nosotros otras tantas causas de dolor y llanto. Si por un momento gustamos las alegrías de la paternidad, no es más que para ver los objetos de nuestra ternura arrebatados por la muerte ó separados de nosotros por los accidentes de una vida miserable. Si, como le ha sucedido al autor de este libro, adoptamos una familia para que nos consuele en nuestra vejez, en premio de nuestra buena obra no encontramos más que ingratitud y abandono. Los órganos que recibimos para el ejercicio de esta vida son pesados, groseros, sujetos á enfermedades. Si es verdad que hay hombres bien organizados, dotados de una constitución robusta, ¿cuántos no hay enfermos, idiotas, sordomudos, ciegos de nacimiento, mancos, jorobados y locos! Unos nacen en la opulencia y otros en la más espantosa miseria. ¿Por qué nacen unos en el seno de la civilización, donde la vida es más soportable, en lugar de haber visto la luz en los abrasadores climas de los trópicos? ¿Por qué unos son hermosos y bien formados, y otros contrahechos, raquíticos y jorobados, ó bien tienen el hocico bestial, la piel negra y aceitunada, los cabellos crespos? ¿Por qué uno de esos seres desgraciados negros de África no está en mi lugar y yo en el suyo, expuesto á los dobles tormentos de un clima mortífero y de la barbarie social? ¿Por qué ese reparto desigual de espantosos males que pesan

sobre ciertos hombres y perdonan á otros? ¿Qué mayores méritos han hecho unos para tener la suerte de vivir en comarcas felices, mientras sus hermanos sufren y lloran en otras regiones del mundo?

Ciertos hombres están dotados de un gran talento, mientras otros no tienen inteligencia ni memoria y á cada paso tropiezan en el difícil camino de la vida. Su espíritu limitado, sus facultades incompletas, les hacen sentir todos los sinsabores y desgracias. Nada les sale bien, y el destino les hace blanco de sus funestos golpes. Hay seres que, desde el instante de su nacimiento hasta su muerte, no dejan de sufrir y desesperarse. ¿Qué crimen han cometido? ¿Por qué han venido al mundo? Ellos no lo han solicitado, y si hubieran sido libres, habrían pedido no beber esta copa fatal. Están en la Tierra contra su voluntad.

Dios sería injusto si impusiera una vida tan miserable á los que nada han hecho para merecerla, que no la han solicitado. Pero Dios no es malo ni injusto; por el contrario, es justo, bueno y misericordioso. Por consiguiente, la desigualdad que se observa en la distribución de males entre los hombres no tiene explicación, ni hay filosofía ni religión alguna que resuelva estas dificultades.

Si, por el contrario, admitimos la pluralidad de existencias humanas y las reencarnaciones, todo se explica fácilmente. Nuestra presencia en tal ó cual punto del globo no es más que el resultado del

azar; es una simple parada durante el largo viaje que hacemos al través de los mundos. Antes de nacer en la Tierra ya hemos vivido, bien en el cuerpo de un animal superior, ó bien en el de otro hombre. Nuestra existencia actual no es más que continuación de otra, ya tengamos el alma de un animal superior, que debamos perfeccionar y ennoblecer, ó bien porque en nuestra existencia anterior hayamos sido malos y estemos condenados á volver á empezar de nuevo hasta que nuestra alma esté bastante purificada para elevarse á la categoría de ser sobrehumano.

Nuestro paso por la Tierra no es más que una especie de prueba que nos ha impuesto la Naturaleza, y cuando de esta prueba no salimos victoriosos, debemos recomenzar de nuevo. Esto es lo justo, lo equitativo. La Providencia, al hacer de la vida terrestre una prueba para el hombre, se conduce como un buen padre de familia.

Podríamos ampliar los argumentos en favor de esta teoría hasta lo infinito, pero esto nos llevaría á repetir mucho de lo que llevamos expuesto en el curso de esta obra. No terminaremos, sin embargo, este capítulo sin decir algo acerca de los niños que mueren en edad tierna. El alma humana encarnada en el cuerpo de un niño hasta los ocho ó diez meses no empieza á adquirir algún desarrollo; está casi en el mismo estado rudimentario que en la época del nacimiento. ¿Cuál es el destino de los niños después de su muerte? Este es el escollo de todas

las religiones y de la filosofía. Por el contrario, este es el triunfo de la doctrina de las reencarnaciones.

La religión cristiana afirma que los niños muertos en edad tierna van al Paraíso, si han recibido las aguas del bautismo. Esto pugna contra la razón y la justicia, porque nadie puede saber la conducta que esos niños hubieran observado si su existencia se hubiera prolongado. La Providencia, al dar la dicha eterna á un alma que, durante una estancia de algunas horas solamente en la tierra, no ha podido hacer bien ni mal, sería injusta. Para gozar de una felicidad eterna es preciso haberla merecido. Crear un alma para una existencia de diez minutos y concederle en seguida recompensas eternas, no es justo ni equitativo.

Esto en cuanto á los niños bautizados. ¿Qué hace la Iglesia con los niños no bautizados? Para éstos ha creado un purgatorio especial, que llama *limbo*. Es una mansión intermedia entre el Paraíso y el Infierno: un justo medio entre los dos extremos de recompensas y de penas eternas. Esto es un absurdo, porque son pocos los niños que mueren bautizados, con relación á la humanidad entera. Solamente una tercera parte de la población de la Tierra profesa la religión cristiana, y no todos los cristianos bautizan á sus hijos. Las cinco sextas partes de los niños mueren sin bautismo. Esas cinco sextas partes de niños irían á perderse en la inmovilidad del *limbo*, tumba fría, quieta, mansión de

almas que, por su esencia, son todo actividad y movimiento. ¡Dios crearía almas sensibles para sumir las cinco sextas partes en la nada!

Además, la institución del bautismo es muy reciente: data apenas de diez y nueve siglos. Antes del cristianismo, todos los niños estaban privados necesariamente de esta ceremonia; ¡luego todos, sin excepción, iban derechos al limbo!

La humanidad cuenta acaso cien mil años de existencia. Durante esos cien mil años los niños hubieran estado condenados al limbo, y hace solamente mil novecientos que un pequeño número de ellos podría entrar en el paraíso. Durante noventa y nueve mil años las almas de los niños habrían ido á poblar aquella helada mansión, sin haber hecho nada para merecer este triste destino, porque no era culpa suya que no estuviera instituido el bautismo. ¡Estos pobres seres eran castigados por una negación de la que no tenían conciencia!

Hemos visto lo que, según la teología, sucede á los niños que mueren en la infancia. Veamos ahora cómo se resuelve esta cuestión en la doctrina de la pluralidad de existencias del alma. Según esta doctrina, cuando un niño muere antes de tener un año de edad, su alma permanece en la Tierra y no pasa, como la de los hombres, al estado de ser sobrehumano. El alma de un niño de doce meses está todavía en estado rudimentario; es tal como era, poco más ó menos, el día que nació. Si el niño muere á esa edad, su alma, desprendiéndose del

cuerpo en el momento de lanzar éste el último suspiro, va á alojarse en el cuerpo de otro niño recién nacido, y en esta nueva encarnación recomienza una segunda vida.

Si esta nueva existencia no dura más de un año, vuelve el alma á sufrir una tercera encarnación en un tercer cuerpo, y así sucesivamente hasta que llega á adquirir el grado de perfección necesaria para pasar al ser sobrehumano.

Es imposible que el alma de un niño, que todavía no se ha desarrollado, que por su parte nada ha añadido á lo que recibió, sea tratada como las almas perfeccionadas, depuradas por el ejercicio de la vida, por los sufrimientos físicos y morales que, durante nuestra estancia en la Tierra, sirven de preparación y perfeccionamiento. El niño, en la infancia, no debe ser admitido en los dominios supraterrrestres; debe recomenzar la prueba. La mortalidad en los niños, desde su nacimiento hasta los doce meses, es tan considerable, que la Naturaleza ha debido reservarse el medio de anular esta causa de alteración en el encañamiento de sus operaciones.

La explicación que damos aquí acerca del destino de los niños está conforme con la economía que se observa en las operaciones de la Naturaleza. La Naturaleza no quiere que nada de lo creado se pierda. El alma de un criminal es mala; pero existe, es eterna: no debe perderse. Necesita perfeccionarse, corregirse, y esto lo consigue gracias

á las nuevas existencias que la Naturaleza proporciona á esta alma imperfecta, para que pueda levantarse de su abatimiento. De este modo se conserva el principio del alma y nada de lo creado se destruye. Tampoco el alma del niño puede perecer. Una segunda encarnación le permitirá reanudar el curso de su evolución, interrumpido por la muerte.

La química ha evidenciado una gran verdad: que los elementos de la materia no se pierden; que los cuerpos cambian de forma, pero el elemento material, el cuerpo simple, es indestructible y queda siempre intacto, á pesar de sus mil transformaciones. Si es cierto que en el mundo material nada se pierde, es igualmente verdad que lo mismo sucede en el mundo del espíritu; no hace más que transformarse.

Así que podemos decir que ni en los seres materiales ni en los inmateriales se pierde nada.

CAPITULO XVI

Si no hubiera reencarnaciones, si, como creen el vulgo y la filosofía moderna, nuestra existencia es un hecho que no puede renovarse, es preciso que sea creada una nueva alma para animar cada cuerpo que nace. En este caso, preguntamos, ¿por qué esas almas no tienen el mismo tipo, y por qué, siendo semejantes todos los cuerpos humanos, hay una tan gran diversidad en las almas, es decir, en las facultades intelectuales y morales que las constituyen; por qué las aptitudes son tan diversas y tan marcadas que con frecuencia resisten á todos los esfuerzos de la educación que intenta reformarlas y dirigir las en otro sentido? ¿de dónde proceden, en algunos niños, esos instintos precoces del vicio ó de la virtud, de valor ó cobardía, que tanto contrastan muchas veces con las condiciones sociales de las familias? Si el alma está formada con arreglo al mismo tipo en todos los hombres, la educación debe producir los mismos efectos en todos los jóvenes. Y sin embargo, vemos en la misma familia hermanos que, habiendo tenido los mismos

maestros y los mismos elementos de instrucción, mientras unos son instruidos, bien educados, de maneras irreprochables, otros son ignorantes y groseros. Si todos proceden de la misma semilla, no ha podido ésta producir frutos diferentes.

Las disposiciones naturales, las vocaciones, se manifiestan desde los primeros años de la vida. Esta extrema diversidad en las aptitudes no existiría si todas las almas fueran creadas con arreglo al mismo tipo. El cuerpo de los animales, el cuerpo del hombre, las hojas de los árboles, todos tienen el mismo tipo con poca diferencia. El esqueleto de un hombre es semejante al de otro hombre: el corazón, el estómago, los riñones, tienen la misma forma en todos los hombres. Lo contrario sucede con las almas; difieren considerablemente de un individuo á otro. Todos los días oímos decir que un niño tiene disposiciones para el cálculo, otro para la música, un tercero para la pintura. Estas aptitudes, este predominio de las facultades particulares que se observa en ciertos niños, no pueden explicarse admitiendo la creación de un alma nueva para cada nacimiento. Por el contrario, con la doctrina de las reencarnaciones se explican fácilmente, y no son más que un corolario de esta teoría. Todo se comprende admitiendo una vida anterior á la presente. El individuo al nacer trae la intuición de los conocimientos que había adquirido durante su primera existencia. Los hombres están más ó menos adelantados en inteligencia y en mo-

ralidad según la vida que han llevado en su anterior existencia.

Esto es evidente, tratándose de un hombre que recomienza su vida. Este hombre había adquirido, durante su primera existencia, facultades que utiliza en la segunda. Acaso no posee en toda su integridad todas las facultades que tenía en su vida pasada, pero tiene, como dicen los matemáticos, la *resultante* de estas facultades, y esta resultante es la aptitud especial, es la *vocación*. Es calculador, pintor ó músico por vocación, porque en su primera carrera humana ha tenido la facultad del cálculo, del dibujo ó de la música. Es imposible encontrar otra explicación á nuestras aptitudes naturales.

Se nos dirá que no podemos conservar las aptitudes y las facultades resultantes de una existencia anterior, puesto que hemos perdido todo recuerdo de esta existencia. Podemos muy bien haber perdido el recuerdo de los sucesos pasados y conservar, sin embargo, ciertas facultades del alma que son independientes de todo acontecimiento particular y concreto, sobre todo cuando estas facultades son potentes. Todos los días vemos ancianos que han perdido la memoria de los acontecimientos de su vida, que no recuerdan nada de la historia de su tiempo ni de su propia historia, y que conservan sus facultades y aptitudes.

Nada se opone á que el niño, después de la reencarnación, conserve las aptitudes que tuvo

durante su primera existencia, habiendo perdido el recuerdo de los hechos de que fué testigo durante este período. Estas facultades reaparecen en el niño, como el fuego mal apagado se vuelve á encender al soplo del viento. El soplo que hace brillar la llama de las facultades humanas es el de una segunda existencia.

En resumen, las aptitudes diversas, las facultades naturales, las vocaciones, se explican perfectamente admitiendo la teoría de la transmigración de las almas. No se puede rechazar este sistema sin acusar de injusta á la Providencia, puesto que concedería á ciertos hombres facultades útiles que negaría á otros, puesto que distribuiría desigualmente la inteligencia y la moralidad, que son los fundamentos de la conducta y de la dirección de la vida.

Este razonamiento no tiene réplica, porque se apoya en un hecho cierto: la desigualdad de aptitudes, de inteligencia y de moralidad entre los hombres. Este hecho, inexplicable en todas las teorías filosóficas que están en boga, solamente se explica por la doctrina de las reencarnaciones, y es la base de nuestro razonamiento.

La frenología, esa teoría del anatomista alemán Gall, se explica fácilmente por nuestro sistema. Al entrar en un cuerpo humano, el alma imprime á la materia cerebral, que es el asiento de la inteligencia, un predominio en armonía con las facultades que esta alma tiene al nacer, y que había

adquirido en una existencia anterior, humana ó animal. El alma forma al cerebro conforme á sus propias aptitudes, á sus facultades adquiridas: después la envoltura ósea del cráneo, que se moldea sobre la substancia cerebral contenida en su cavidad, reproduce é indica por fuera nuestras facultades predominantes. Los antiguos, al decir *Corpus corolis opus* (el alma forma su cuerpo), expresaban esta misma idea con una concisión enérgica.

CAPITULO XVII

Para apreciar bien la hipótesis de las vidas sucesivas y de las reencarnaciones, es necesario compararlas con la idea que tienen del destino del hombre los principales sistemas filosóficos ó religiosos. No entraremos en un examen profundo de todas las concepciones religiosas que han preocupado á la humanidad, limitándonos á hacer un resumen de lo que piensan el materialismo por una parte y el dogma cristiano por otra acerca del origen y el fin de la humanidad.

El materialismo dice que el principio sensible que llevamos dentro de nosotros está unido á nuestro cuerpo y en el momento de la muerte se destruye como se destruye nuestro cuerpo. Es una antorcha que se apaga y no se volverá á encender. «El hombre—dicen los materialistas—vive y muere lo mismo que los animales y las plantas. Nacido de un germen como las plantas y los animales, se desarrolla como ellos. Á la muerte del cuerpo, el principio sensible, que no es más que el resultado de la organización, se extingue con los órganos y no

renace jamás. Á nuestro alrededor vemos que todo muere y nada reaparece. ¿Por qué no ha de suceder lo mismo con el hombre?

Veamos las consecuencias de este sistema puramente negativo, hijo de la ignorancia y del desprecio de la Naturaleza.

Un hombre ha pasado toda su vida en el crimen; ha pisoteado todo lo justo y bueno; ha aplastado al débil y oprimido al inocente; toda su vida ha sido una continua ofensa á la humanidad. Á pesar de sus maldades y de sus crímenes, ha sabido conservar la estimación de sus semejantes, á quienes ha conseguido engañar. Cuando muere, se apaga dulcemente con la conciencia tranquila. ¿Este gran culpable debe tener, después de su muerte, el mismo destino que sus infortunadas víctimas y basta que baje á la tumba para que eluda toda expiación, todo castigo? Sus víctimas, después de su muerte, ¿habrán de participar de la suerte de su verdugo?

Por el contrario, otro hombre ha sacrificado su existencia á cumplir con su deber. Ha dado su sangre en servicio de su patria ó de la humanidad. En recompensa de una vida de trabajos y abnegación, no ha recogido más que la indiferencia, la miseria y el desprecio. Ha vivido oscuro y humilde, sin tener más que un mediano pasar. Cuando este hombre muera, ¿habrá terminado todo para él? ¿Será para él la muerte tan amarga como fué su existencia y no podrá esperar otro destino que

el de los grandes criminales que fueron el terror y asombro de la humanidad?

En las abrasadas costas del África y en las pantanosas riberas del Indus y del Ganges hay pueblos enteros cuya suerte es más miserable que la de los animales. Esclavos ó parias, están sometidos á los caprichos y á la brutalidad de un amo. Son vendidos como un vil rebaño; sus hijos no les pertenecen y ellos mismos no se pertenecen. ¿Es posible que estos desgraciados no encuentren más allá de la tumba una compensación á los espantosos sufrimientos de su existencia? ¿Es posible que el señor y el esclavo tengan el mismo destino? ¿Que el que ha martirizado al pobre paria, que le ha condenado al dolor, la fatiga y la abyección no se distinga de su víctima? ¿Es posible que uno y otro caigan juntos en la sima de la nada? La razón y la inteligencia protestan contra semejante idea.

Si así fuera, el orden moral, la armonía que concebimos entre el mérito y la recompensa, entre el crimen y el castigo, quedarían totalmente destruidos. Mientras en la Naturaleza reinan el equilibrio y la regularidad, en lo concerniente al hombre habría un desorden universal, un verdadero contrasentido. ¿De qué serviría ser bueno, honrado, fiel á la fe jurada, esclavo del deber? Sería preferible armarse los unos contra los otros; emprender guerras sin cuartel y combates sin fin, pedir á la fuerza, á la violencia, á todas las malas pasiones,

los medios de asegurar el triunfo contra su prójimo y no pensar en otra cosa más que en procurarse la mayor suma de placeres brutales.

Se explica que en la Tierra el orden moral, el equilibrio natural, se alteren con frecuencia. La prudencia humana es limitada y sujeta á debilidades; las condiciones sociales son algunas veces tiránicas, y no podemos alabarnos de realizar esta equidad ideal que concebimos, y que es patrimonio de los seres perfectos. Pero estas enojosas irregularidades no pueden alcanzar á la Providencia, que es el principio de todo orden y el ideal de todo bien. No podemos admitir que entre en sus designios dejar siempre la virtud abatida y el vicio triunfante é impune. La Providencia no puede ser tan imperfecta. ¡Esa Providencia no valdría más que nosotros!

Pretender que la Providencia es imperfecta, que es falible, es negar su existencia; porque por su naturaleza, la Providencia es eminentemente justa, eminentemente perfecta, y si se le niegan estos atributos, se le niega su existencia; y esto ya no es materialismo, es ateísmo.

Otros muchos argumentos podríamos aducir para demostrar que el materialismo no tiene ninguna base filosófica; pero no llevaremos más adelante esta discusión, que sólo tenía por objeto demostrar que la hipótesis de las vidas sucesivas es, bajo todos aspectos, muy superior á este sistema, que no es más que una simple negación y que

no tiene mérito alguno como tesis científica ni filosófica. Negar es muy fácil, pero esto no es filosofía; es preciso explicar. No estamos rodeados de negaciones, sino de hechos, de realidades; es preciso darse cuenta de estos hechos, de estas realidades, y el materialismo, que prescinde de ellos, que nada explica, no merece ser considerado como una concepción filosófica.

Si el materialismo ha prescindido de la falta de moralidad de sus principios en lo tocante á penas y recompensas después de esta vida, en cambio todas las religiones se han preocupado mucho de esta cuestión, y el código de recompensas y de penas después de la muerte tiene una gran importancia en todas las religiones, y en particular en la religión cristiana.

Desgraciadamente, en el cristianismo el dogma de las penas y de las recompensas, que lleva de fecha más de dos mil años antes de Jesucristo, tiene marcado el estigma de la ignorancia de aquellos remotos tiempos. Hace á Dios á imagen del hombre, atribuye al Creador del universo nuestras pasiones, nuestra justicia raquítica y limitada. Sentado como tal dogma en una época en que la astronomía era desconocida, no inspirándose más que en datos falaces y en los errores del vulgo, no ve más que la Tierra y para nada tiene en cuenta los demás mundos.

Los Padres de la Iglesia que, después de Jesucristo, dieron interpretación definitiva á los dog-

mas religiosos, los respetaron escrupulosamente. El verdadero mecanismo del mundo era entonces desconocido, porque el sistema astronómico de Ptolomeo era el único que estaba en boga. Los San Agustín y los San Jerónimo, no pudiendo abarcar la magnitud del universo, descuidaron la astronomía, y sólo se ocuparon en restaurar las partes secundarias del dogma bíblico.

Por esto los pueblos modernos que profesan el cristianismo, ó una de sus numerosas derivaciones, continúan hoy, respecto al destino del hombre después de su muerte, profesando las mismas ideas infantiles que la imaginación de los orientales concibió hace 4.000 años, en una época de ignorancia y de barbarie social.

He aquí cómo formula la Iglesia católica el dogma de las recompensas y de las penas más allá de la tumba:

Después de la muerte, nuestro cuerpo queda en la Tierra, y aquí sufre la descomposición que destruye toda la substancia material. Nuestra alma comparece ante Dios que, sentado en su tribunal, la juzga soberanamente. Las almas de los justos van al Paraíso á gozar de delicias eternas. Las almas de los réprobos bajan á los Infiernos, en donde son atormentadas sin fin. Las almas de los que no han transgredido de un modo demasiado criminal las leyes del Señor van al Purgatorio, de donde pueden salir por la intercesión y las plegarias de los santos.

Los cuerpos de todos los hombres han quedado en la Tierra después de su muerte, pero no permanecerán aquí siempre. Cuando llegue el fin del mundo, la trompeta del ángel se dejará oír en todas partes, y al sonido de ella se abrirán las tumbas. Los cuerpos recobrarán sus formas primitivas y las almas que los habian abandonado volverán á tomar posesión de sus cuerpos. Entonces quedará fijada definitivamente la suerte de los hombres. Reintegrados en su primer cuerpo, los elegidos de Dios permanecerán eternamente en el Paraíso, cantando las alabanzas de Dios, en tanto que los condenados, arrojados á los profundos Infiernos, serán atormentados por toda la eternidad.

Este cuadro tiene gran analogía con la mitología griega y romana. El Paraíso de los cristianos y los Campos Eliseos de los griegos y romanos son una misma cosa, como el mismo es el Infierno en el cristianismo y en la mitología. Las religiones modernas, distintas del cristianismo, tienen también su paraíso y su infierno copiados de la antigüedad griega y romana. Pero el paraíso de los mahometanos es más humano y más alegre que el de los cristianos. En todas las religiones modernas hay, como en la antigua mitología, un dios, juez que sentencia á los hombres y les otorga penas ó recompensas eternas, en un infierno ó en un paraíso.

Estas sencillas concepciones de la infancia de los pueblos no son otra cosa que leyendas poéticas,

halagadoras ó terribles. No se crea que vamos á refutarlas, ni siquiera á tomarlas en serio. El dogma cristiano relativo á los premios y castigos es un sueño de la imaginación oriental, y sería superfluo refutarle con argumentos lógicos. Después de lo que han dicho Diderot, Voltaire y los enciclopedistas del siglo XVIII, nada tenemos que añadir, y no es esta ocasión de repetir sus argumentos y sarcasmos.

Pero la Iglesia católica se ha anticipado á la discusión de las ideas que reconocía demasiado débiles para resistir al escabelo de la crítica, declarando que todos sus dogmas son artículos de fe. Y como tener fe es cerrar los ojos de la imaginación, es creer en los dogmas á despecho del testimonio de los sentidos y de la razón, con esta ingeniosa y cómoda decisión, que excluye todo examen, la Iglesia ha salido del paso, pero ha podido añadir: *Credo quia absurdum.*

Dejemos, pues, á un lado, ó consideremos como simples mitos de la imaginación oriental esos cuerpos humanos, putrefactos, deshechos, reducidos á polvo ó quemados, que en el último día del juicio se vuelven á encontrar intactos y prontos á recibir su alma, que viene del Infierno ó del Paraíso, para tomar su antigua envoltura material, y revestida de su cuerpo, volver á la mansión de delicias ó de tormentos eternos: ese último juicio fijado para el fin de este mundo que, probablemente, así como todos los demás mundos, jamás tendrá fin; esas

almas que en los Infiernos, y esperando el juicio final, están sometidas á los más terribles tormentos, aunque estando privadas de cuerpo, siendo espíritus puros, no pueden sufrir; esos tormentos infligidos á seres humanos sin ninguna necesidad, sin objeto alguno, puesto que no deben hacer que el culpable se arrepienta y vuelva al bien, ya que no hay nada más allá de esta terrible expiación; puesto que el perdón no ha de seguir á estos castigos atroces, debiendo ser torturados siempre y sin fin los condenados, sin otro resultado que sus blasfemias y sus dolores; esa tiránica justicia que inflige un castigo de duración eterna por una falta de corta duración, por una sola vida mal empleada, á veces por una falta involuntaria; ese Paraíso soñoliento donde las almas sentadas en gradas no hacen otra cosa que contemplar á Dios en su gloria y cantar sus alabanzas; donde la inmovilidad constante es la ley, en tanto que la verdadera ley de los seres es el movimiento, es la actividad incessante, la continua tendencia al progreso, la elevación por el trabajo, que es la regla de la Naturaleza y la esencia misma de Dios, y que debe ser también la regla, la ley, el principio de las almas que ascienden á la morada celeste; ese juicio que dispone, como de la cosa más sencilla, de la eternidad, que os destina de una plumada á la eternidad de las delicias ó de los tormentos, como si la eternidad fuera un elemento que el espíritu humano pudiera, no solamente sufrir, pero ni siquiera

comprender; como si la eternidad no fuera un abismo donde la razón se extravía; como si el hombre fuera capaz de traspasar en su imaginación los límites de lo finito; como si no hubiera sido suficiente imponerle un castigo de una duración *incalculable* ó más proporcionada á sus faltas, en lugar de presentar la perspectiva inútil de ese infinito, ante el cual el espíritu humano retrocede asustado cuanto tiene el valor de asomarse á las profundidades de ese abismo misterioso; de ese Dios hecho á semejanza del hombre, á quien se atribuyen los malos sentimientos de la humanidad, haciéndole cruel, vengativo y celoso, unas veces irritado, otras piadoso, como si en Dios pudiera haber un sentimiento análogo á los de nuestros pobres corazones; como si el mal no fuera patrimonio único de la impotencia y debilidad humanas; como si el mal pudiera albergarse en Dios, que es omnipotente, porque es todo orden y armonía; como si todo el mal de la Tierra no procediera del abuso que hacen los hombres de su libre albedrío; finalmente, de ese singular dogma que del universo entero con sus innumerables mundos no ve más que la Tierra, no conoce más que la Tierra con sus habitantes; la Tierra, pequeño átomo perdido en la inmensidad, grano de arena comparado á los millones de globos que llenan el espacio.

Comparando estas ideas con el sistema de la pluralidad de existencias, se ve que este último satisface mucho más al espíritu; á la ventaja de

estar en armonía con nuestros conocimientos científicos acerca de la multiplicidad de los mundos planetarios, agrega la de estar conforme con la justicia, la equidad y la moral, que es la idea que tenemos de Dios.

En esta doctrina no se resume todo en la Tierra. Nuestra existencia en este globo no es más que la continuación de otra existencia, y lo que no hemos podido realizar en una vida terrestre, lo realizaremos en la vida siguiente, bien sea en nuestro mismo globo ó en el espacio etéreo. Siendo nuestra vida actual un periodo durante el cual debemos perfeccionar, depurar y ennoblecer nuestra alma, después de esta prueba seremos tratados según nuestras acciones y méritos. Los criminales y perversos, las almas bajas y viles volverán á empezar su existencia aquí en la Tierra; este es su castigo y el medio que les deja la Naturaleza para reponerse de su caída. Los hombres buenos y sensibles, las almas grandes y purificadas por la práctica de las virtudes dejarán este globo imperfecto, y bajo la forma de seres sobrehumanos entrarán en las planicies del éter conservando toda su individualidad, su memoria y su libertad. Los conocimientos que el hombre haya adquirido durante su primera vida serán propiedad suya en la vida siguiente. Entrará en los dominios del éter con las mismas facultades que tenía al morir. Como dice Carlos Bonnet en su *Palingénesis filosófica*: «Los progresos que hayamos hecho aquí en ciencia y virtudes, determinarán el

punto de partida en la otra vida y la plaza que allí ocuparemos.»

El sabio y el ignorante no tendrán el mismo destino en la otra vida. Un hombre que ha pasado su vida encorvado sobre los libros, que después de haber adquirido los conocimientos más variados ha abierto nuevas vías al estudio de la Naturaleza ampliando la potencia del espíritu humano, no puede tener, después de su muerte, el mismo destino que el ignorante, el ser embrutecido y degradado, que nada ha adquirido, nada ha aprendido, dejando degenerar su alma. La ciencia adquirida por un individuo no debe desaparecer, debe encontrarse en alguna parte. La Naturaleza no desperdicia nada. La fuerza, una vez creada, se encuentra siempre. El vasto tributo de conocimientos que ha reunido el sabio debe aprovecharle á él mismo después de su muerte. Esta convicción la tienen sin duda todos los sabios. Si así no fuera, ¿cómo se comprende que continuaran trabajando hasta el fin de su vida, no necesítándolo para adquirir el sustento material, y que la muerte les sorprenda entregados á sus grandes concepciones?

El hombre virtuoso y el criminal no formarán parte de la misma promoción celeste; el verdugo y la víctima no se darán la mano en los sublimes parajes. Sin embargo, el malo no se verá desheredado para siempre del Edén reservado á las almas sin mancha. Entrará en este reino de paz y de felicidades supremas cuando la pureza de su

vida terrestre le haya hecho digno de esta promoción.

Preciso es reconocer que esto es lo moral y lo justo. ¿No vale más que el hombre, por vicioso, por degradado que esté, persista en su individualidad, conservando la esperanza de una saludable renovación? ¿No es mejor que le sea permitido elevarse, por la práctica del bien, en la jerarquía de las criaturas, que el que sea condenado sin remisión, después de una sola prueba desfavorable, al fin de una sola vida mal empleada? Un Dios equitativo y bondadoso tiene que dejar al malo la probabilidad de salir victorioso en una tentativa que debe salvar su ser, y sin la cual estaría perdido. Dios no edifica para destruir, no consiente que las almas sensibles puedan aniquilarse. Les deja la posibilidad de realizarse y entrar otra vez en el seno de la Naturaleza, en el círculo de la actividad y de la vida. Así como un obrero hábil cuando un objeto que trabaja si no está acabado no lo arroja al desecho, sino que vuelve á cogerlo y lo perfecciona, así Dios repite, para perfeccionarlo, un primer ensayo que ha salido mal.

Nos hemos propuesto no discutir ni criticar el dogma cristiano de las recompensas y castigos; únicamente hemos precisado los términos para ponerle en paralelo con la doctrina de la pluralidad de existencias. Sin embargo, haremos notar que el dogma cristiano es menos consolador que la doctrina desarrollada en esta obra. Si este dogma

fuera la expresión de la verdad, los lazos de nuestras afecciones se romperían de un modo cruel é irreparable. Tenemos hijos, hermanos, amigos, que nos son tan queridos como nosotros mismos, y el juicio de Dios, al fin de una sola vida terrestre, nos expone á estar separados de ellos por toda la eternidad. Si uno ha incurrido en la cólera divina, será precipitado en los abismos infernales, mientras otro, en recompensa de su virtud, irá al Paraíso. En el seno de la felicidad, en la mansión de los elegidos, el padre se verá torturado por la desconsoladora idea de que el hijo que tanto amó estará separado de él para siempre, y que este ser, objeto de tanta solicitud y amor, está condenado á una eternidad de penas y tormentos sin fin. De este modo los sentimientos de afección, que habrían hecho aquí la felicidad de estos dos seres, en los mundos superiores serán motivo de desesperación eterna.

Si el dogma cristiano amenaza separarnos de los objetos de nuestra afección, condenar á una separación eterna á almas que se han amado en la tierra, la doctrina de las vidas sucesivas no hace más que retardar el momento de la reunión de estas almas. Si una de ellas se retrasa un poco en su destierro sobre la Tierra, en razón á las caídas y faltas de su existencia, puede levantarse en la existencia siguiente y reunirse bien pronto al alma que la espera en las regiones celestes.

Así, pues, la pluralidad de existencias nos da

la seguridad de que, suceda lo que suceda, nos reuniremos un día á los seres que amamos. Asimismo nos dice que esta reunión será inmediata, que se verificará inmediatamente después de la muerte si uno y otro hemos empleado el tiempo conforme á las leyes generales del orden moral.
